

# El estilo de Pablo VI y el estilo del Vaticano II \*

Michael Paul Gallagher S.I.

Universidad Gregoriana (Roma)

Recibido 5 de octubre de 2014

Aceptado 8 de octubre de 2014

**RESUMEN:** A lo largo de estos últimos años diversos comentaristas del Vaticano II han desarrollado el concepto del estilo como instrumento interpretativo para identificar el tono específico del Concilio. En este artículo son examinados diversos aspectos del estilo del papa Pablo VI, entendiendo por estilo una actitud y una sensibilidad cultural por la que el cristiano dialoga desde una fe madura y una caridad encarnada con el mundo. Cita el autor textos montinianos en parte desconocidos, subrayando, a su vez, que el equilibrio, la apertura y el diálogo frente a la complejidad de la modernidad están presentes tanto en el estilo pastoral de Montini como en el estilo interpretativo y moderno del Concilio

**PALABRAS CLAVE:** Juan Bautista Montini, diócesis de Milán, diálogo, complejidad de la modernidad, Vaticano II, estilo del Vaticano II.

El 10 de octubre de 1962 por la tarde, dos futuros papa tuvieron en Roma dos importantes conferencias. La fecha, naturalmente, es muy significativa, ya que la mañana siguiente tendría lugar la solemne apertura del Concilio Vaticano II.

La víspera de este Concilio, los obispos de lengua alemana se reunieron para una conferencia sobre el documento preparado para el Concilio sobre las fuentes de la re-

velación. Escucharon una presentación abiertamente crítica en la que se les decía que el texto preparado era mediocre y debía ser modificado en muchos aspectos. El relator, Joseph Ratzinger, terminaba en tono dramático, afirmando que el borrador romano propuesto reflejaba solo a una escuela teológica que intentaba prevalecer sobre otra escuela, y que el Concilio no tenía por qué verse envuelto en tan «sorprendente disquisición»

\* Traducción de Ignacio Arregui. Artículo publicado en la *Civiltà Cattolica* 3.943 en octubre de 2014, 3-18.

(*erstaunlich Verengung*) o «provincialismo eclesiástico». Por el contrario, el Concilio debía hablar «de una forma nueva» y «en nuestra lengua». Ratzinger concluyó con estas palabras: «el mundo no nos pide ulteriores perfeccionamientos de un sistema, sino que espera de nosotros la respuesta de fe en un tiempo de incredulidad»<sup>1</sup>.

Aquella misma tarde, en el Capitolio, ante un auditorio ilustre compuesto por el alcalde de Roma, cardenales y líderes de la vida y la cultura italiana, el cardenal Montini pronunció un discurso sobre el tema «Roma y el Concilio». Después de recordar la delicada situación política que había llevado a una brusca conclusión del Vaticano I, reconoció en cambio la relación de recíproca amistad que existía entre la ciudad de Roma y la Iglesia al comienzo del nuevo Concilio. Motini expresó luego su esperanza en un Concilio de renovación con estas palabras: «La asamblea conciliar se sentirá animada a cumplir sus altas finalidades renovadoras como la de dar a la Iglesia nuevas disposiciones más adecuadas a las formas de vida de la sociedad actual, o la de asumir dentro de una humanismo cristia-

no moderno, los grandes fenómenos de la vida económica, cultural, científica y social de nuestro tiempo y la de iniciar un diálogo lleno de confianza y amistad con el mundo contemporáneo»<sup>2</sup>.

Lo primero que llama la atención en estas dos relaciones es la elección profética de los dos futuros papas que adelantaba un diferente estilo conciliar que salía al encuentro de las necesidades de un nuevo contexto cultural.

### **El estilo como expresión y actitud**

El tema de este artículo es el estilo, y ya en sus inicios ambos discursos presagiaban claramente un cambio de estilo conciliar en el Vaticano II. Ahora bien, ¿qué entendemos por «estilo»? Para comprenderlo, vamos a acudir a otro famoso Cardenal, John Henry Newman.

En uno de sus cursos universitarios sobre Literatura, sostenía que el estilo es único para cada uno. «El estilo de una gran inteligencia le pertenece al individuo de forma exclusiva igual que la sombra de un hombre es diversa de todas las demás (...) Pensamiento y discurs-

---

<sup>1</sup> Cfr J. WICKS, «Six tests by prof. Joseph Ratzinger as *peritus* before and during Vatican Council II», en *Gregorianum* 89 (2008), 233-311.

---

<sup>2</sup> G. B. MONTINI, *Discorsi e scritti milanesi (1954-1963)*, vol. III (1961-1963), Brescia, Istituto Paolo VI, 1997, 5.359.

so son inseparables (...); el estilo consiste en expresar lingüísticamente el pensamiento»<sup>3</sup>. En otras palabras, «el estilo como expresión encarna el estilo como actitud. Ello supone tanto una modalidad de comunicación como, en sentido más amplio, una manera de interpretar la realidad y de relacionarse con ella».

Ciertamente, este término se usa con frecuencia a nivel popular, como se acostumbra últimamente para describir el influjo de papa Francisco. El mismo Director de *La Civiltà Cattolica* había utilizado este término para expresar el modo de relacionarse el Papa con la gente, a través de los gestos y no solo de las palabras. El Padre Spadaro se ha referido a este particular estilo del Papa como a algo capaz de crear un «evento comunicativo»<sup>4</sup>. Algo parecido puede decirse de todos los Papas pero, como veremos, tiene una aplicación particular tanto en Paulo VI como en el Concilio Vaticano II.

El tema es amplio y hemos preferido limitarlo a ciertos aspectos específicos. Nos fijaremos en el estilo de Montini antes de su elección como Papa. Por lo que se

refiere al estilo del Concilio, mucho se ha escrito y lo resumiremos brevemente antes de la parte final en que indicaremos algunas coincidencias entre el estilo de Montini y el del Vaticano II.

Volviendo brevemente a los dos discursos pronunciado la víspera del Concilio; ambos parecen coincidir en el estilo entendido como actitud o perspectiva general, mientras que, como se podía prever, se distancian en el estilo entendido como expresión o comunicación. Debido en parte a la diversidad de los auditorios, y también a los diferentes horizontes y enfoques de los dos relatores: el discurso de Ratzinger es más preciso, más académico, más riguroso teológicamente, mientras que el de Montini es de un más amplio horizonte, más histórico, más elocuente en su mayor fluidez de lenguaje.

Si tuviéramos que atenernos al significado más estrictamente literario del «estilo», tendríamos mucho que decir sobre las particulares dotes de papa Montini para la palabra y la elocuencia. Este aspecto de su talento ha sido estudiado por algunos críticos literarios. Es indudable que sus textos se caracterizaban por una elegancia sin excesos, una intensa claridad tanto en la complejidad como en la simplicidad. Su discurso en el Capitolio es un texto magnífico tanto por

<sup>3</sup> J. H. NEWMAN, «L'idea di Università», en Id, *Opere*, Turin, Utet 1988.

<sup>4</sup> A. SPADARO, «I primi atti di Papa Francesco», en *Civ. Catt.*, 2013 II 76.

su estructura como por la fluidez de su expresión.

Digamos inmediatamente que en los textos del Concilio no hay nada semejante y que tampoco cabía esperar que un Concilio alcanzase tal calidad literaria. Un texto conciliar podrá tal vez poseer una cierta elocuencia, pero normalmente no refleja ninguna pasión personal. De hecho, según los objetivos de este artículo, dejaremos de lado este primer significado de «estilo», ya que no ofrece ninguna utilidad en la comparación entre Paulo VI y el Concilio: nuestro interés principal no va dirigido al estilo literario o lingüístico en sentido estricto.

Sin embargo, ese mismo discurso demuestra en forma evidente el estilo del cardinal Montini en el otro y más amplio significado, ya que ofrece numerosas indicaciones sobre cómo su lectura del mundo y de la Iglesia actuales, en octubre de 1962, se anticipaba al estilo interpretativo y teológico final del Concilio. Tanto en su discurso de Roma, como en muchos otros discursos de los años que preceden a su elección como Papa, Montini insiste en ciertos aspectos clave para una nueva lectura del contexto contemporáneo para la fe.

En aquella tarde que precedió a la apertura del Concilio, estaba ya in-

dicando el camino hacia la visión fundamental de la *Gaudium et spes*. Es el estilo entendido en su significado más amplio en cuanto al modo de mirar al mundo con nueva esperanza y espíritu de diálogo. Y coincide con la especial sensibilidad de Montini hacia el drama de la cultura moderna y con su personal capacidad para escuchar la complejidad sin temor.

### **Primeros indicios de la sensibilidad de Montini**

Contemplando la vida de Montini, cabe localizar su particular sensibilidad en algunos de sus escritos juveniles. Uno de los más importantes fue, en 1921, su recensión del libro de Giulio Bevilacqua, *La luce nelle tenebre*. El autor, creado Cardenal más tarde por Paulo VI, era un sacerdote oratoriano, que fue director espiritual del joven Montini en Brescia antes de ir a la guerra y de caer como prisionero. Su libro surgió precisamente de la angustia por la guerra y sus consecuencias.

Esta recensión de Montini nos ofrece ya un primer excelente ejemplo de su estilo en dos sentidos: su estilo claro, elocuente, fluido, y energético; y, lo que es más importante, para el tema que nos proponemos, su modo de interpretar el mundo moderno, es decir lo que podría-

mos calificar como *su sensibilidad cultural*.

Bevilacqua ofrecía una fuerte meditación sobre la lucha de la fe en el convulso contexto intelectual y social de entonces. Era el año en que Elliot componía el famoso poema «The Waste Land» (La tierra desolada), con su búsqueda de una fe marcada también a su vez por la angustia.

En este recensión, Montini es categórico en su investigación de las posibilidades religiosas del «hombre moderno» (una expresión que aparece varias veces en el texto). A pesar del malestar de un espíritu sumido en la decepción, él se pregunta: «¿cómo se podrá guiar a las personas de este tiempo a la unidad del evangelio?»<sup>5</sup>. Sus cimientos han sufrido fuertes sacudidas; la fragmentación del pensamiento ha dejado unos individuos que sufren un desequilibrio interior.

Lo que Montini admira en *La luce nelle tenebre* es el intento de descubrir otra apología de la fe, que no sofoque las personas con silogismos, sino que se haga cargo de la «pasión del drama» del mundo actual. En lugar de los conceptos del «sistema escolástico» que , critica como carentes de «calor, asom-

bro y gozo por la verdad», en este libro «cada pensamiento intenta devolver el sentido vertical de la ciencia religiosa, y traerla de nuevo a los umbrales del inefable» a través de la riqueza de su «estilo tan singular»<sup>6</sup>.

La importancia de este texto del joven Montini reside en su actitud de apertura hacia la complejidad y hacia el dolor de la situación moderna, y en la urgencia de su deseo de dar un sentido a la fe con un lenguaje nuevo. El libro de Bevilacqua, de fácil lectura incluso a un siglo de distancia, es una amplia meditación sobre el prólogo del evangelio de Juan, que aún a exploraciones poéticas del vacío en que se encuentra el mundo postbélico y una llamada a un nuevo humanismo cristiano. En un pasaje, Bevilacqua cita a Dostoevskij: «Nunca pude imaginar a los hombres fuera de Cristo»<sup>7</sup>.

Ya en 1921 encontramos un fuerte indicio de la interpretación espiritual de la historia por parte de Montini; una interpretación que unía dialéctica y diálogo, un severo juicio sobre los males de una cultura y la esperanza pastoral de mirar a este mundo con compasión, para transformarlo en Cristo.

---

<sup>6</sup> Ibidem, 198.

<sup>7</sup> G. BEVILACQUA, *La luce nelle tenebre*, Roma, Studium 1945, 205.

<sup>5</sup> G. B. MONTINI, *Scritti giovanili*, Brescia, Queriniana 1979, 191.

A través de Bevilacqua, Montini estaba aprendiendo a interpretar las sombras del mundo moderno con una actitud de escucha llena de comprensión y naturalmente de fe.

Veinte años más tarde y en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, nos encontramos con un sorprendente comentario en una de las cartas de Montini a su familia. En general, estas cartas no abundan en temas de teología o sobre la situación del mundo. En realidad suelen reflejar una cierta preocupación de Montini por la intensidad de su trabajo cotidiano en la Secretaría de Estado, su continuo cansancio y la carencia de tiempo libre.

Pero en una carta de febrero de 1941 les cuenta a sus padres un episodio que en medio de tanta ocupación le ha proporcionado un cierto consuelo. Durante una visita vespertina a la Basílica de San Pedro, fuera ya del horario de cierre al público ha podido acompañar al papa Pio XII. El Papa quería rezar junto a la tumba de su predecesor que se había inaugurado aquel mismo día. Rezó allí como también junto a las tumbas de otros Pontífices recientes. Para monseñor Montini fue un momento de fuerte emoción que comenta en estos términos: «La Iglesia, esta realidad viva e inmortal, es-

piritual y visible, está más presente que nunca, y es más moderna y necesaria que nunca»<sup>8</sup>.

Observamos aquí una vez más algo del estilo y la sensibilidad de Montini. Como en su recensión de Bevilacqua antes veinte años, pone de relieve contrastes y conflictos, no para condenar las sombras, sino para subrayar la llamada a una nueva relación. De esta forma la Iglesia aparece como un misterio dentro de la historia y, por consiguiente, con una expresión significativa, «más moderna y necesaria que nunca»<sup>9</sup>.

Todo esto parece una síntesis del modo en que Montini ve el papel de la Iglesia en el mundo y de su deseo de traducir la gran tradición de la fe en las necesidades urgentes del presente.

### Algo más que un estilo literario

Tal como hemos indicado, se han hecho estudios minuciosos sobre el estilo literario de Montini. Y aunque no sea éste el tema central

---

<sup>8</sup> G. B. MONTINI, *Lettere ai familiari*, vol. II (1928-1943), Brescia, Istituto Paolo VI 1986, 954,

<sup>9</sup> Cfr. G. VIGINI, «Lo stile letterario nei discorsi e negli scritti pastorali», en *G.B. Montini Arcivescovo*, Milano, Nuove Edizioni Duomo 1983, 232 s.

de nuestro trabajo, puede ser interesante ofrecer un resumen de tales estudios.

El *estilo característico* de Montini se ha descrito como un «*equilibrio en movimiento*» como una *actitud en tensión hacia la trascendencia*. Fabio Finotti, en un libro publicado por el Instituto Paolo VI en 1989, ofrece una relación detallada del estilo y del lenguaje religioso de Montini, el cual no ha cultivado nunca la expresión literaria por sí misma, sino sólo como si estuviera conversando en presencia de un interlocutor<sup>10</sup>. Finotti añade que *esta poética del diálogo* hunde sus raíces en su propia autoexploración o monólogo y en la experiencia de la oración personal. Tal interpretación nos resulta hoy muy útil porque lleva el concepto del estilo más allá de los confines del lenguaje, para convertirse en su *misma actitud*; y en este sentido más amplio podemos encontrar importantes afinidades y paralelismos entre el estilo de Montini y el del Concilio Vaticano II.

Mientras intentamos investigar la cuestión del estilo, comprobamos de nuevo que no es sólo un tema literario, sino una cuestión

más sutil propia de un temperamento encarnado en la acción. Desde este punto de vista, observamos que como concepto está emparentado con términos como «horizonte», «actitud», «tono», o «significado encarnado». Tal como se deduce de todas sus biografías, Montini estaba sorprendentemente atento a las complejas corrientes de la modernidad, en particular en el campo del arte, la literatura y el pensamiento. Más aún, junto a esta consciente atención sentía una extraordinaria comprensión hacia las tendencias que no podía aceptar en su totalidad.

Montini, más que juzgar, quería escuchar y comprender. Esta es una clave de lectura para su estilo en un sentido más amplio, y que indica su particular capacidad para escuchar la historia, o escuchar a una gran variedad de personas, y de ahí su apertura cultural: algo que había heredado de su familia, pero que había alimentado en su largo servicio a la Santa Sede. Todas estas cualidades personales explican la centralidad que atribuye al diálogo en su primera encíclica, *Ecclesiam suam*.

Vamos a cerrar estas reflexiones sobre el estilo interpersonal de Montini con el testimonio de un estudioso anglicano, George Prestige. Hacia el final de los años cuarenta estuvo con Montini en la

---

<sup>10</sup> Cfr. F. FINOTTI, *Critica stilistica e linguaggio religioso in Giovanni Battista Montini*, Brescia, Istituto Paolo VI 1989, 29 e *passim*.

Secretaría de Estado, y más tarde comentó en su diario: «Montini me ha parecido agudo, bueno y amable; un hombre profundamente educado, de gran inteligencia y de verdadera sabiduría (...). Ha sido extraordinariamente amable y afable»<sup>11</sup>.

### Comentarios explícitos sobre el «estilo»

Antes de ocuparnos de algunos estudiosos actuales del Concilio que examinan el concepto de estilo conviene recordar que Montini era consciente, e incluso hablaba explícitamente del «estilo» como de un posible modo de describir la novedad del Concilio. A pesar de no haberlo comentado en detalle, en varias ocasiones, declaró antes y después del Concilio que un nuevo estilo o lenguaje podía ser un elemento clave para la interpretación del Concilio.

El 27 de abril de 1962, Montini tuvo en Milán una importante intervención en un ciclo de conferencias sobre las relaciones entre el Concilio Ecuménico y los problemas internacionales del momento. Dijo a su auditorio que el ya

inminente Concilio no produciría anatemas contra el mundo, y que «ésta será tal vez una novedad en el “estilo” conciliar de la Iglesia, la cual normalmente, a lo largo de la historia ha hecho uso en el ejercicio más elevado de su magisterio de expresiones negativas de condena en defensa de verdades positivas»<sup>12</sup>.

Al final de su importante discurso, Montini observó que «el Concilio procurará no sólo hacer de nuevo comprensible nuestra religión, sino también practicable». Con este motivo, preveía que el Concilio desarrollaría, en sus relaciones con el mundo contemporáneo, otra «actitud interesantísima: la de asumir las formas profanas, más humanas, en las que se expresa la vida moderna».

En este espíritu, Montini concluía con una intuición profética de la que en los decenios sucesivos se llamaría «inculturación»: «Así como la Iglesia, en tiempos de la civilización pagana, grecoromana, rechazó lo que había de idolátrico e inhumano, pero conservó, purificó y asumió los tesoros de la cultura y del arte clásica; así como la Iglesia, en tiempos del feudalismo se opuso ciertamente a cuanto de

---

<sup>11</sup> Citado en P. HEBBLETHWAITE, *Paul VI; the first modern Pope*, New York, Paulist Press 1993, 223 s.

---

<sup>12</sup> G. B. MONTINI, *Discorsi e scritti milanesi* (1954-1963), vol. III (1961-1963), *cit.*, 5.092.

bárbaro y violento contenía (...), pero acogió, corrigió y ennobleció las fuerzas del hombre medieval; así como la Iglesia en tiempos del Renacimiento frenó la embriaguez del humanismo pagano que emergía, e hizo suyas, elevándolas a unos cimas incomparables, las virtudes artísticas de aquel tiempo; del mismo modo, me atrevo a pensar, que la Iglesia denunciará el materialismo de todo tipo, propio de nuestra edad, pero no maldecirá la gigantesca y maravillosa civilización de la ciencia, la industria, la técnica, la vida internacional de nuestra época, aunque ciertamente intentará «asumirla», dándole en sus cimientos unos principios fuertes y buenos de los que carece, y en su cima le abrirá unos horizontes de verdad espiritual»<sup>13</sup>.

Los numerosos comentarios que el Cardenal Montini hizo en el período que transcurre entre el anuncio del Concilio y su elección como Papa, encarnan lo que podríamos definir como su estilo interpretativo sobre los compromisos ante el Concilio. En diversas ocasiones insistió en algunas intuiciones centrales que resumen su modo de ver los diversos retos que brotan para este nuevo estilo conciliar.

Como ejemplo de sus dotes organizativas, podemos considerar la carta que le escribe al Secretario de Estado Cardenal Cicognani el 18 de octubre de 1962, sólo cinco semanas después de la apertura del Concilio. En ella expresa su preocupación porque en el Concilio falta un claro orden del día, o una agenda de trabajo; luego da a entender que serán necesarias al menos tres sesiones, e indica cuáles debieran ser algunos de los temas principales.

Tales temas se subdividen en eclesiales y relacionales o, según la conocida distinción atribuida al Cardenal Suenens, en «ad intra» y «ad extra». Sobre este último aspecto, el Cardenal Montini, en esta fase inicial del Concilio, tiene una precisa visión de lo que debe ser tratado, incluídas «las relaciones con el mundo de la cultura» e incluso «las relaciones con los enemigos de la Iglesia»<sup>14</sup>. Habla explícitamente de «estilo» afirmando que haría falta un estilo diverso del que se usara para tratar temas eclesiales, y que tal vez podría asumir la forma de una serie de mensajes.

Un mes más tarde, en una de sus cartas desde el Concilio a su archidiócesis, menciona de nuevo

---

<sup>13</sup> Ibidem, 5.094 s.

<sup>14</sup> Ibidem, 5.369.

el «estilo», refiriéndose esta vez a papa Juan XXIII: «Conocemos ya muy bien el estilo de su encantadora bondad; su palabra fluye sencilla y noble»<sup>15</sup>.

Por lo tanto, el cardenal Montini era consciente del hecho de que el Concilio estaba inventando un estilo necesariamente nuevo, con un cierto tono asumido o una longitud de onda de comunicación, tal como hacía falta en una visión global del mundo. Y, según nos consta, la posterior evolución del Concilio siguió estas propuestas meditadas con profunda atención. Más aún, esta actitud general y sus indicaciones sobre los temas principales del Concilio aparecerían en su mismo discurso de apertura para la segunda sesión del Concilio.

Hay otros textos similares a los que vamos a aludir brevemente. En 1960, el cardenal Montini terminó una conferencia expresando la esperanza de que el Concilio usaría un lenguaje que «pueda vibrar en los corazones humanos»<sup>16</sup>. Con una acepción más amplia del «estilo», se refirió con frecuencia al Concilio viéndolo como una apertura a la consciencia histórica y a los de-

sarrollos del pensamiento moderno<sup>17</sup>. En otra carta a la diócesis de Milán, describió al Concilio como «iniciador de un diálogo solemne, elevado y nuevo entre la Iglesia y la sociedad moderna»<sup>18</sup>. En un discurso a los sacerdotes, en febrero de 1963, habló de una incipiente madurez en la consciencia de la Iglesia respecto del mundo contemporáneo: «En este fenómeno del Concilio hemos profundizado en la capacidad del pensamiento humano de la Iglesia»<sup>19</sup>.

En definitiva, el estilo personal de pensamiento del cardenal Montini lo vemos confirmado repetidas veces como un estilo de apertura y de diálogo, de una lectura perspicaz y a la vez positiva de la situación moderna y sobre todo de la esperanza de que el Concilio, que había sido convocado –como repetía tantas veces recordando a papa Juan XXIII– no por una crisis doctrinal, lograría crear lenguajes pastorales nuevos y eficaces para la fe actual.

## **El nuevo estilo del Vaticano II**

Ahora nos toca prestar atención, aunque sea con menor amplitud,

---

<sup>15</sup> Ibidem, 5.403.

<sup>16</sup> G. MONTINI, *Discorsi e scritti sul Concilio (1959-1963)*, Brescia, Istituto Paolo VI 1983, 59.

<sup>17</sup> Cfr. ibidem 122 s.

<sup>18</sup> Ibidem, 183.

<sup>19</sup> Ibidem, 209.

al segundo aspecto de nuestro estudio. Recientemente, el concepto de «estilo» en el Vaticano II ha aparecido como un instrumento interpretativo clave en autores muy diversos como el historiador de la Iglesia Jon W. O'Malley, los teólogos Christoph Theobald, Ghislain Lafont y Gilles Routhier.

Según O'Malley, «el estilo de los documentos del Vaticano II es lo que lo diferencia, ya sea a primera vista como también a un nivel más profundo, de todos los demás Concilios». Afirma, luego, que «la elección del estilo es la elección de una identidad» y que «el nuevo estilo propuesto en el Vaticano II implicaba nuevos modelos de comportamiento y que estos nuevos modelos (...), no eran una técnica o una estrategia, sino la expresión de un sistema de valores internos»<sup>20</sup>. O'Malley une un estudio sobre el estilo literario a un examen del estilo como actitud, poniendo de relieve la frecuencia de «palabras horizontales» de igualdad y de reciprocidad, como «hermanos/hermanas», «amistad», «diálogo», «peregrino», «dignidad», «conciencia», «libertad», «colegialidad» y otras<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> J. W. O'MALLEY, *¿Qué pasó en el Vaticano II?*, Sal Terrae, Santander 2012, 410.

<sup>21</sup> Cfr. *ibidem* 411.

De esta forma, se produjo en la primera sesión del Concilio la que puede ser definida como una «rebelión retórica», cuando poco a poco quedó claro que los padres conciliares querían abandonar un estilo escolástico o jurídico para redescubrir un estilo más patristico según las exigencias actuales. Todo ello condujo a una actitud más de escucha que de juicio, y significó un cambio de relaciones dentro de la Iglesia misma y entre la Iglesia y el mundo. Montini fue un gran promotor de esta importante transición, antes y después de su elección como Papa.

Desde una postura análoga a la de O'Malley pero sin mencionarlo nunca, Theobald habla del estilo como de un modo de «habitar en el mundo» (una expresión tomada de Merleau-Ponty<sup>22</sup>). Theobald opina que el Vaticano II representa una «transformación estilística» en su decisión de equilibrar el lenguaje tradicional vertical con un lenguaje mucho más horizontal<sup>23</sup>. Por ello, el Concilio se vio a sí mismo como un cruce de caminos entre dos relaciones dentro del flujo de la historia: vertical con Dios y horizontal con la humanidad.

<sup>22</sup> Cfr. CH. THEOBALD, *Il cristianesimo come stile: un modo di fare teologia nella postmodernità*, vol. I, Bologna, Edb 2009, 15.

<sup>23</sup> *Ibidem*, 137.

Lafont insiste en que el Vaticano II produjo una «reforma del lenguaje», añadiendo que «el estilo del Concilio es ante todo el de la narración y la poesía». En este sentido, utilizando otras imágenes para la Iglesia, se comunicó en un modo más «bíblico y mistagógico»<sup>24</sup>.

Routhier estaría de acuerdo en gran parte con él, pero añade que este tipo de estilo «no solo manifiesta la originalidad de este Concilio y confirma su proyecto, sino que permite igualmente percibir su sentido y captar una interpretación coherente»<sup>25</sup>.

Las convergentes intuiciones de estos cuatro autores muestran que la categoría de «estilo» abre una perspectiva fecunda sobre la novedad del Vaticano II, una perspectiva que es más precisa que otras expresiones como «el espíritu del Concilio» o la noción misma de «evento». Esta categoría denota una humildad eclesial y pastoral y una diversa antropología cristiana, que son centrales en el Concilio. Ha pasado el precedente estilo predominante hecho de juicio ne-

gativo o de definición racional, sustituido por una actitud más explorativa y meditativa; todo lo cual es muy semejante a las intuiciones expresadas por el cardenal Montini al inicio de los años sesenta.

Por motivos de espacio y porque son ya conocidos no hemos mencionado aquí otros muchos textos importantes de Montini cuando era Papa. Sin embargo, no podemos menos de recordar el impacto decisivo que ha tenido la encíclica *Ecclesiam Suam* en el sucesivo desarrollo del Concilio, en parte por algunos temas específicos que afrontaba como el diálogo o el ateísmo y sobre todo porque ofrecía un estilo en la forma de referirse a la Iglesia y al mundo moderno. Tampoco podemos pasar por alto la elocuencia del *discurso de clausura del Concilio del 7 de diciembre 1965*, con su defensa del estilo conciliar de apertura incluso hacia los enemigos, su satisfacción por la «espiritualidad del Concilio» como una espiritualidad de «enorme comprensión», y su llamamiento a los humanistas seculares pidiéndoles que reconozcan la autenticidad del humanismo cristiano del Cardenal.

En realidad, esto no sorprenderá a quienes conocían el estilo precedente del cardenal Montini; no constituía una sorpresa. En su primer significativo discurso sobre el

---

<sup>24</sup> G. LAFONT, *Imagining the Catholic Church: structured communion in the Spirit*, Collegeville, Liturgical Press 2000, 68, 73 y 77.

<sup>25</sup> G. ROUTHIER, *Un Concilio per il XXI secolo. Il Vaticano II cinquant'anni dopo*, Milán, Vita e Pensiero 2012, 68.

futuro Concilio en 1960, había hablado de la necesidad de reflexionar sobre el «humanismo secular» y de reafirmar un «humanismo cristiano». Montini poseía ya entonces lo que él denominaba «una fuerte propensión al diálogo». Más en consonancia todavía con el tema que estamos tratando, manifestaba la esperanza de que todo pudiera expresarse con un «acento que (...) pueda hacer vibrar a los corazones humanos»<sup>26</sup>.

### Paulo VI y el Concilio

De cuanto llevamos dicho, se deduce que el estilo de Paulo VI, en sus diversas acepciones, tuvo un influjo considerable en el Concilio Vaticano II. Tal como se suele decir, Juan XXIII fue el que con tanto coraje hizo la botadura de la nave, pero Paulo VI la guió en aguas procelosas y la condujo finalmente a puerto.

Llegados a este punto desearíamos ofrecer sólo un ejemplo ulterior sobre el estilo de sensibilidad y de amplitud de miras con que Paulo VI interpretó y guió el Concilio, algo que se encuentra ya en sus primeros escritos antes de que fuera elegido Papa. En la carta en-

viada a la diócesis de Milán desde el Concilio el 17 de noviembre de 1962, Montini comenta el delicado debate sobre las fuentes de la revelación. A sus lectores de Milán les ofrece una magnífica síntesis de lo que se espera de un Concilio, algo ya presente en el primer Concilio de Jerusalén<sup>27</sup>. Pero su modo de narrar la situación de la primera sesión revela su típica dialéctica equilibrada: una característica propia de su estilo de pensamiento.

Sobre el tema de las fuentes de la revelación, comienza evocando los temores y las perplejidades de algunos Padres conciliares: «¿Tal cuestión era necesaria? ¿Cómo cabe relacionarla con lo que el Concilio tridentino y el Vaticano I han dictado sobre esta materia? (...). ¿Las nuevas corrientes de estudio que agitan a las escuelas sobre materias escriturísticas deben ser reguladas según definiciones dogmáticas o con disposiciones del magisterio ordinario? (...). ¿No había quedado excluido (en el Concilio) todo anatema y toda definición dogmática?». A éstas y otras preguntas responde que, en atención a la complejidad de los temas, «no hay que asombrarse si la discusión pone en evidencia un gran pluralismo de opiniones y

---

<sup>26</sup> G. B. MONTINI, *Discorsi e scritti sul Concilio*, cit., 59.

<sup>27</sup> Cfr. *ibidem*, 194 s.

que éstas se revistan de expresiones muy sutiles y a veces vibrantes, precisamente por el sentido de responsabilidad que domina en los ánimos de los padres»<sup>28</sup>.

Montini precisa luego la dialéctica con estas palabras: «unidad y catolicidad, antigüedad y modernidad, inmutabilidad y desarrollo, valores internos y relaciones externas, búsqueda de lo esencial y solicitud por lo particular, visión de las cosas en su raíz y visión de sus consecuencias». Todo esto indica que la discusión conciliar «puede ser compleja y vivaz» pero la esperanza es que «la verdad se pronuncie en una síntesis final, como una nueva luz sobre el mundo»<sup>29</sup>.

Una vez más nos encontramos con la típica solidez de la sensibilidad de Montini, con su capacidad para hacerse cargo de la complejidad sin temor, pero con una prudencia equilibrada, porque su punto de vista sobre esta «dialéctica humana» hunde sus raíces en la fe y en un sentido profundo de la tradición eclesial.

Entre las reflexiones de Montini en el período posterior al Concilio, es muy importante su discurso de enero de 1966 a los diplomáticos acreditados ante la Santa Sede. En

el primer discurso papal de este género, tras la clausura del Concilio que tuvo lugar un mes antes, Paulo VI quiso hablar del Vaticano II en términos de estilo, pero sin mencionar explícitamente esta palabra. Habló de una Iglesia que «prefería el lenguaje de la amistad», en contraste con «la actitud que marcó ciertas páginas de su historia», para invitar luego a los embajadores a interpretar los textos del Concilio como «declaraciones de paz y de amistad respecto del mundo moderno»<sup>30</sup>.

## **Conclusión**

De cuanto llevamos dicho se deduce claramente que el estilo personal de Paulo VI –en cuanto a su expresión y su visión global– fue necesariamente más rico y complejo de lo que podía ser el estilo de un Concilio. Pero fueron precisamente su riqueza cultural y su consciencia de la complejidad las que guiaron al Vaticano hacia sus grandes resultados. El estilo de una persona, en cuanto sensibilidad encarnada y expresada ante la realidad, será siempre más sutil que el estilo de un texto, incluso que el estilo históricamente nuevo

---

<sup>28</sup> Ibidem, 194.

<sup>29</sup> Ibidem, 195.

---

<sup>30</sup> PAOLO VI, *Nel como di luce del Concilio: discorsi e documenti (1965-1978)*, Brescia, Istituto Paolo VI 2006, 24 s.

que se prefirió en los textos del Vaticano II.

En este sentido podemos todavía arrojar alguna luz sobre el estilo del encuentro de Montini con la modernidad. Sucedió en 1937 con su extraordinaria recensión de la novela de Bernanos *Diario de un cura de campaña*, publicada el año anterior en lengua francesa. Esta recensión es una obra de arte de discernimiento en un caso complejo. A Montini no le convenían ciertos detalles de la novela; le preocupaban ciertos riesgos y se sentía perplejo frente a un retrato excesivamente paradójico de la fe. Y sin embargo, juzga el libro como magnífico, delicado, profundo, bellísimo (son palabras suyas).

Aquí tenemos la clave decisiva para comprender el estilo de Montini como una actitud que le permite con frecuencia conciliar tres horizontes: un reconocimiento de la complejidad moderna; cierta ansia ante los extremismos o los desequilibrios; un reconocimiento positivo de la profundidad espiritual en sus múltiples manifestaciones.

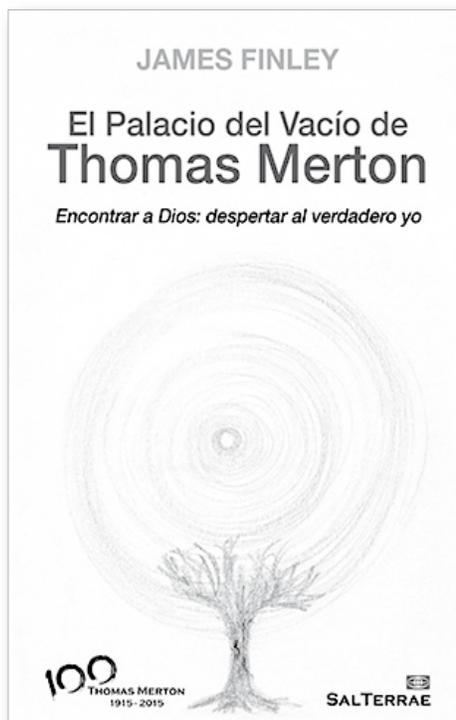
Podemos concluir con ciertas expresiones tomadas de la recensión de la novela de Bernanos que van más allá de la discusión sobre el caso de una novela importante y reflejan algo del humanismo cristiano personal de Montini: literatura y arte, como él mismo dice, son tanto más convincentes cuando el estilo se esconde, porque «su magia consiste en desaparecer para servir a la realidad y al pensamiento que quiere transmitir (...). La vida aparece aquí descrita con tonos humillantes y desconcertantes, pero con la secreta simpatía de quien la quiere aliviar y mejorar»<sup>31</sup>.

El estilo de Montini ayudó al Concilio a encontrar su propio estilo gozoso. Si bien es cierto que el estilo del Concilio no se puede identificar con el estilo personal de Montini, está claro que fue la sensibilidad personal y eclesial de este último la que le dio forma y llevó al Concilio a responder a los problemas de entonces por medio de un diferente estilo pastoral. ■

<sup>31</sup> «Cronaca letteraria», en *Sudium* 33 (1937) 530 s (con el seudónimo de Sator).

---

# SALTERRAE



JAMES FINLEY

## El Palacio del Vacío de Thomas Merton

*Encontrar a Dios:  
despertar al verdadero yo*

208 págs.

P.V.P.: 10,50 €

En el núcleo de la búsqueda espiritual se esconde siempre la pregunta: «¿Quién soy yo?». James Finley recoge el mensaje esencial de Thomas Merton (1915-1968) en esta obra ya clásica, donde se hace eco de la enseñanza de Merton para discernir los mecanismos engañosos del falso yo y las posibilidades de plenitud que laten en el corazón mismo de nuestro verdadero yo. La paradoja de Merton, y la del «solitario solidario», consiste en que, al retirarse del mundo, redescubre el corazón del mundo, donde no hay separación entre uno mismo, los semejantes y Dios.

  
LOYOLA  
GRUPO DE  
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)  
[pedidos@grupocomunicacionloyola.com](mailto:pedidos@grupocomunicacionloyola.com)

---